



ADMINISTRACIÓN:

RONDA DE LA UNIVERSIDAD, N.º 14

BARCELONA

APARTADO DE CORREOS: 147

Teléfono: 1150

DIRECTOR POLÍTICO:

D. FRANCISCO DE P. OLLER

REVISTA POLITICO-MILITAR ILUSTRADA

DIRECTOR ARTÍSTICO:

D. PACIANO ROSS

COLABORADORES

Excmo. Sr. D. Hermenegildo Díaz de Cevallos.

Excmo. Sr. Marqués de Valde-Espina.

Excmo. Sr. Marqués de Cerralbo.

Excmo. Sr. Barón de Sangarrén.

D. Antonio Brea.

Excmo. Sr. Marqués de Tamarit.

D. Joaquín J. Llorens F. de Córdova.

D. Juan Vidal de Llobatera.

D. Ramón Vila y Colomer.

D. Tirso de Olazábal.

D. Manuel Rodríguez Maillo.

D. Gabriel J. Llompарт.

D. Carlos Cruz Rodríguez.

D. Reynaldo Brea.

Todos los grabados que publica esta Ilustración, son originales é inéditos en España y en el Extranjero.



R. Díaz de la Portilla

MANIOBRAS MILITARES EN CALAF

Antecedentes.—Las maniobras militares en Europa.—Su razón de ser.—¿Son convenientes en España?—Admitida la conveniencia de las mismas, ¿pueden ser motivo de recelo para los carlistas?—Nuestra opinión acerca de este punto.—Deficiencia de las realizadas en Calaf.—Ventajas é inconvenientes de practicarlas anualmente.—Resumen de nuestras impresiones.



BLIGADOS, más aún que por nuestra profesión, por el atractivo que en los meridionales ejerce el olor á la pólvora, así se queme ésta en fuegos de artificio, nos propusimos asistir á las maniobras que debía practicar

en Calaf el ejército alfonsino á últimos del pasado Octubre.

Se nos antojó, y no anduvimos equivocados en nuestra apreciación, que seríamos testigos de sabrosos lan-



ces que nos habían de recordar los días aquellos en que el suelo catalán y el de todo España eran testigos de maniobras de verdad, en que se disputaban el trono dos Príncipes de la familia Borbón, á uno de los cuales amparaba la fuerza del derecho y al otro el derecho de la fuerza.

Borradas de momento las diferencias que separaban á los partidarios españoles que militan en el sin fin de fracciones de colores abigarrados, dividíanse entonces aquéllos en dos grandes grupos: defendía el uno el derecho y el otro la fuerza. Ostentó la palma del vencedor..... quien todos sabemos, y cómo acabó aquella guerra, sólo Dios lo sabe.

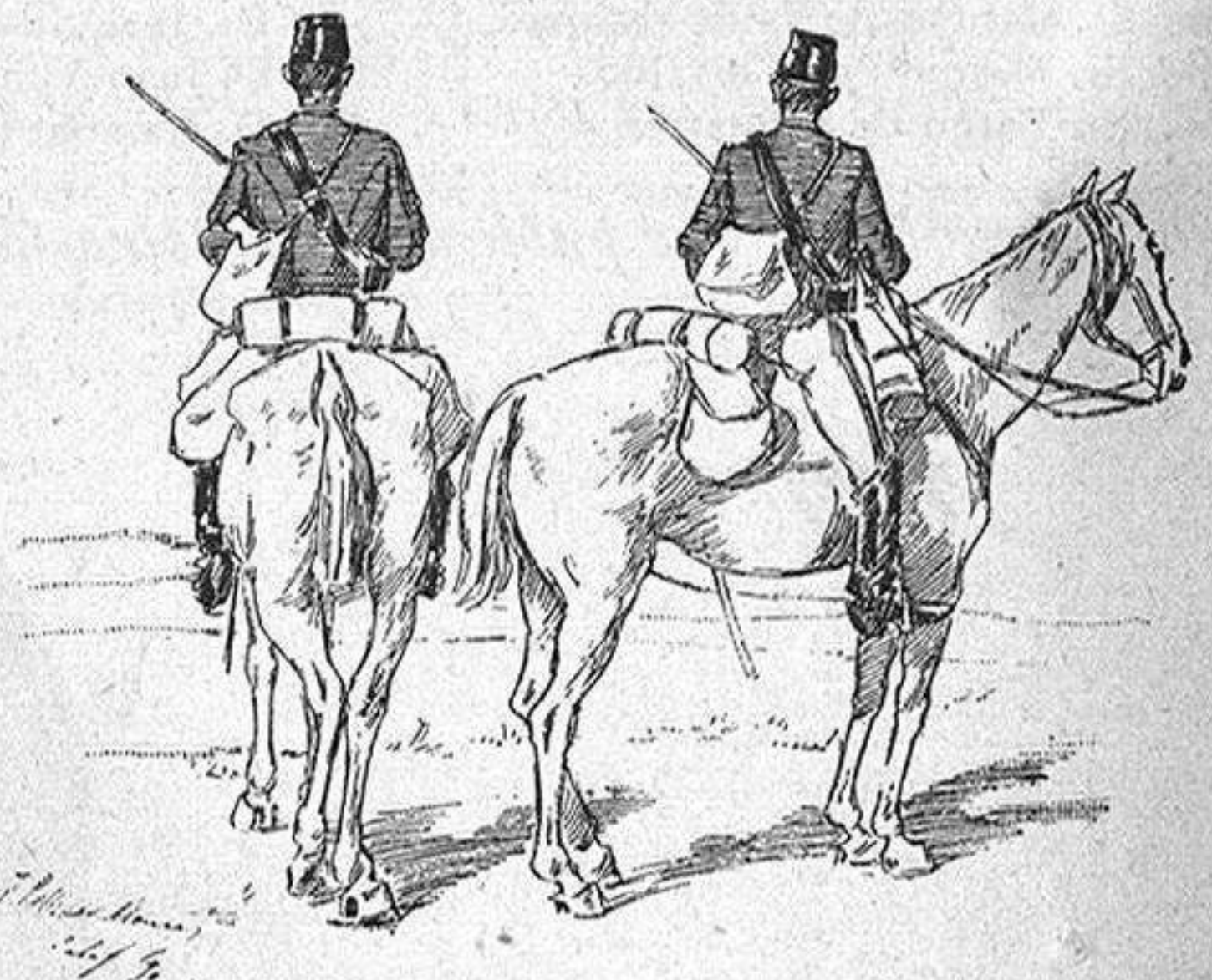
Cesó la lucha; pero no la sorda y latente que existirá siempre entre los que á brazo partido pelearon por conquistar una posición y conservan, después de aquietados, el mismo afán por sostener aquélla los unos y por reconquistarla los otros, y de aquí que existe y existirá constantemente cierta prevención contra el poderoso que logró sojuzgar al débil y rencor invencible contra el débil que mañana puede ser fuerte y capaz de derrocar al poderoso.

¿A qué negar, atendidas las precedentes consideraciones, que existiera en nosotros cierto deseo de que

resultaran fallidas las ilusiones del General que con más éxito, ya que no con más arrojo, nos ha combatido, resultando un fracaso el ensayo de guerra que se iba á realizar en la montaña catalana?

Aquel ejército, nos dijimos, si no luchó ayer contra nosotros, pues es bisoño, nos hará mañana fuego, si la voz del deber le llama, y ya que no los soldados, sus generales y gran parte de la oficialidad que los manda nos han hecho cruda guerra..... y nos la harán siempre que puedan.....

Así discurriendo, nos acordamos de que éramos españoles; de que igual que á nosotros podía combatir al extranjero el Ejército español, y de que, en fin, muchos de los soldados de hoy pudieran ser algún día



voluntarios carlistas, y sin rencores ni recuerdos amargos, y no guardando prevención alguna á nada ni á nadie, nos decidimos á ser testigos del simulacro de guerra que había de realizarse en el Principado, deseando que nuestro Ejército diera pruebas de pericia y de bravura, si bravura es posible demostrar ante un enemigo imaginario que en vez de balas de plomo y metralla envía diminutos corchos é inofensivos tacos.

Sería presunción necia la de creer que las maniobras que lleve á cabo nuestro Ejército deben alcanzar la grandiosidad é importancia que revisten en Estados como los de Francia y Alemania. Ni disponemos de igual contingente de fuerzas que las naciones citadas, ni el presupuesto de guerra, con ser muy elevado, lo es hasta el punto de consentir dispendios de consideración, ni tampoco en el horizonte político español se presentan las negras brumas que obligan al Imperio alemán y á la República francesa á mantenerse constantemente poco menos que en pie de guerra, por temor á una brusca acometida, que sería el desquite para



el vencedor, si éste fuera Francia, ó el afianzamiento completo de las pasadas victorias y destrucción de la preponderancia francesa, si la suerte amparaba al ejército alemán.

Es, pues, de necesidad en los Estados que teman ó deseen porvenir de guerra, adiestrar constantemente á los reclutas para transformarlos en soldados agueridos que sean capaces de defender con brillantez sus banderas; precisa instruir á la oficialidad, acostumbrándola al mando de las secciones y compañías, y familiarizarse los jefes y generales en el mando de batallones, brigadas y cuerpos de ejército, que les sería difícil dirigir si previamente no se hubiesen ejercitado estudiando sobre el tablero el movimiento de las piezas.

Si, atendido lo expuesto, y según nuestra opinión, se impone como fatal necesidad la paz armada y consiguientes movilizaciones de los ejércitos en determinadas naciones de Europa, no así en España, que ni por su situación topográfica ni por el modo de ser de sus hijos viene llamada á intervenir en ajenas contiendas.

No es de temer tampoco la invasión extranjera; mas aun suponiéndola probable, con franqueza hemos de manifestar que, más que en las condiciones técnicas del ejército regular, fiamos las esperanzas de la victoria en el espíritu del país, decididamente hostil á toda extraña imposición, venga de donde viniere.

En apoyo de nuestro aserto, nos bastaría recordar la guerra de la Independencia. España entera se opuso á la dominación francesa, y más pudieron contra ella las muchas veces sublimes artimañas de los paisanos, que la estrategia de las tropas españolas. Pero no hay por qué remontarse á principios del siglo. Recordemos al pasada guerra civil. No habrá quien niegue que en determinadas regiones del Norte, del Maestrazgo y de Cataluña, el espíritu de sus moradores es decididamente carlista, y opuesto, por tanto, á las fuerzas liberales que nos combatían. Sabido es que mientras en esas comarcas se daban á los defensores de Don Carlos todas las facilidades de sostener la guerra, se oponían obstáculos mil á los liberales, que, por ejemplo, en cuestión de tanto interés como las confidencias, se veían siempre chasqueados, pues les resultaban caras y malas, y su oro servía de pago á los mismos confidentes que cobraban en el campo liberal y únicamente servían con lealtad en el carlista.

Con mayor motivo, pues, que en una guerra civil se manifestarían tales tendencias en una extranjera.

Al unísono habíamos de luchar todos los españoles, y no está aún á tan bajo nivel el espíritu de independencia entre nosotros, que nos sea dado temer que afanzara su conquista el extranjero que fuese osado á intentarla.

¿Cabe deducir de aquí que juzguemos improcedente la movilización periódica del ejército en España? No por cierto. Lo que sí creemos basta hoy por hoy la del ejército activo, y estamos muy lejos de asentir con los que no se contentarían con menos que con movilizar todas las reservas; lo cual, aparte de ser innecesario, traería consigo un considerable derroche de cantidades que habría que invertir en socorros, vestuario y



equipo, indemnizaciones á los propietarios de terrenos en extensiones considerables y un perjuicio incalculable á la agricultura, á la industria y al comercio en general, sin que reportaran ventajas absolutas los soldados reservistas, que no es de presumir debieran todos tomar parte activa en los sucesos que pudieran sobrevenir, pues los licenciamientos van eliminando del Ejército las masas instruidas, á las cuales sustituyen soldados bisoños.

Sentamos, pues, la afirmación de que, según nuestro criterio, son necesarias las maniobras militares, pero limitándolas al ejército activo. Otra cosa resultaría perjudicial al Erario y á los individuos, sin que exista hoy razón que abone la opinión de los que quisieran



que anualmente se pusieran en pie de guerra, en sólo nuestra Península, 300.000 hombres.

No hemos creído jamás, ni juzgamos haya quien opine que el móvil del Gobierno, al realizar maniobras en España, obedece á la posibilidad de que se reproduzca la guerra civil. Discurrir de forma tal, sería desconocer lo que fué y lo que, llegado el caso, volvería á ser el Ejército de Don Carlos. En un principio hubo que fiar, más que en los conocimientos estratégicos, en el ardimiento y valor indomable de los voluntarios, á los cuales impulsaba la defensa de una idea nobilísima y santa.

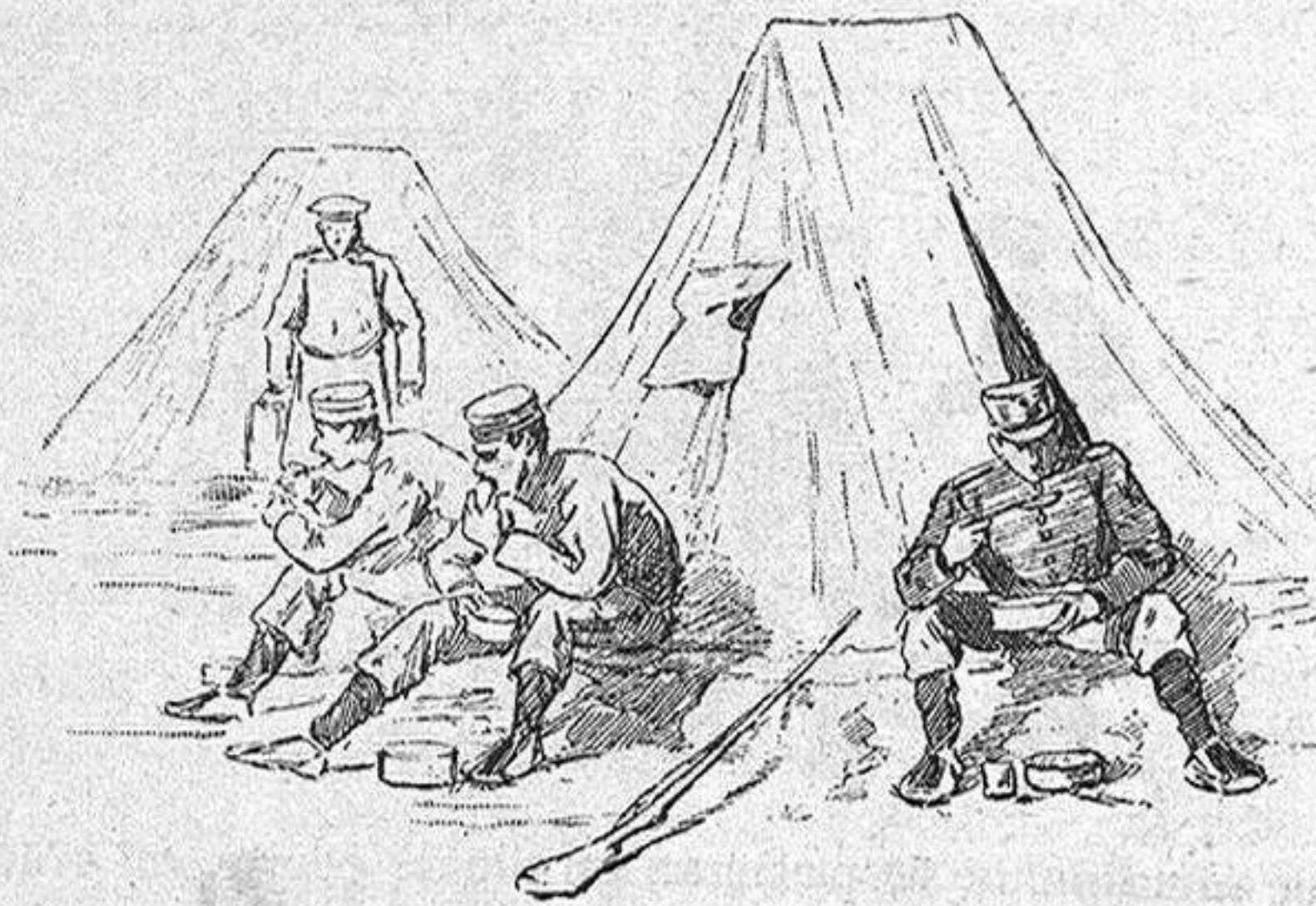
Preocuparnos podría un ejército instruído, si el servicio activo alcanzara seis ú ocho años; pero hoy, en que apenas si llegan los soldados á servir dos, y reciben la licencia cuando comienzan á entender de Ordenanza y disciplina, no tenemos por qué temer la

educación militar; deseárla si acaso, pues no pocos de los que hoy se adiestran en ejercicios guerreros, podrían, si llegare el caso, que no es probable llegue por ahora, formar en las filas opuestas á las del Gobierno constituido. Bajo ese punto de vista, antes nos



habíamos de felicitar que sentir disgusto porque se le enseñara al soldado á ser buen militar. Tanto es así, que si el período actual lo fuese de agitación como el que precedió á la última guerra civil le diríamos al militar que como nosotros pensara y pudiera algún día servir en el Ejército carlista: estudia é instrúyete, que esa ventaja llevarás mañana á tus compañeros de armas y podrás lucirte y con más éxito defender tu Bandera.....

Pero esto es una quimera..... No creemos próxima la guerra civil, y holgaría, por tanto, tal excitación, como también la de dirigirnos á nuestros correligionarios y decirles: aprended en el ejército alfonsino á luchar mañana como leones, porque es lo cierto, que operación nueva militar no la hubo en Calaf; lucieron, sí, su marcialidad nuestros oficiales y soldados; simuláron cargas en correcta formación los regimientos de caballería del Príncipe y Borbón; á cientos hizo la ar-



tillería los disparos, alguna vez contra pelotones y no contra guerrillas, pero, por supuesto, sin poderse dar cuenta de si era acertada la puntería; y por fin se simuló un ataque al pueblo de Forteza, que estaba perfectamente defendido, y la retirada ordenadísima de sus defensores nos demostró que así los oficiales como los soldados eran capaces de realizarla prácticamente con igual orden y corrección.

Se explica que después de quince años de relativa paz, cuando ni los soldados son aguerridos ni todos los oficiales estuvieron en la guerra, existan lunares que desluzcan operaciones militares llevadas á cabo sin contar con los necesarios elementos; pero á nuestro entender, y teniendo en cuenta la clase de guerra que se hace en nuestro país, no es el de Calaf terreno á propósito para instruir al soldado. Lo poco accidentado de aquél, que consiente jugar libremente la artillería y la caballería, no permite á la infantería lucir sus habilidades, ora simulando emboscadas, ora sorprendiendo un puesto avanzado que escapa á la penetración del hombre poco práctico en el terreno.

Las operaciones de noche en campaña, punto tan importante en la guerra, apenas si se ensayaron, y no por falta de tiempo, pues en ocho días lo hubo sobrado para destinar seis horas á simular marchas huyendo del enemigo ó yendo en su busca.

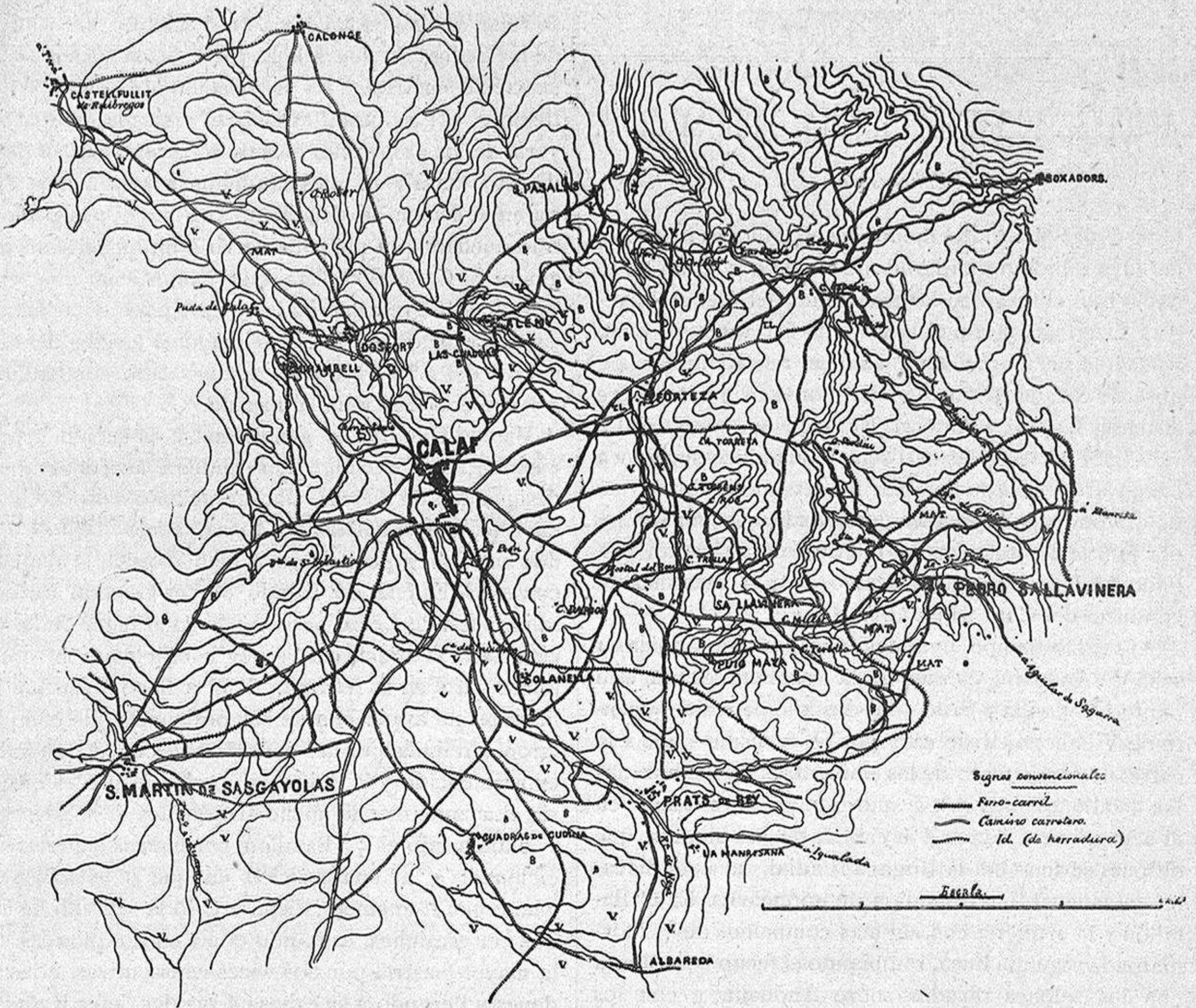
No pretendemos achacar esos que juzgamos defectos á personalidad alguna. Lo que sí quisiéramos para nuestro ejército otra instrucción que la que puede alcanzar con períodos largos de inercia, y por esto es que francamente nos declaramos partidarios de que anualmente se practiquen maniobras en grande escala, pero sin movilizar las reservas.

No echamos al olvido los perjuicios que irrogan al Estado tales operaciones, á pesar de no ser más que simuladas; pero aun teniéndolos en cuenta, como también los que necesariamente han de sufrir los propietarios de terrenos cultivados, si, como es seguro, no se les indemniza cumplidamente, abogamos por el ejercicio práctico en terrenos accidentados y que dificulten el acceso á las dos antes citadas Armas.

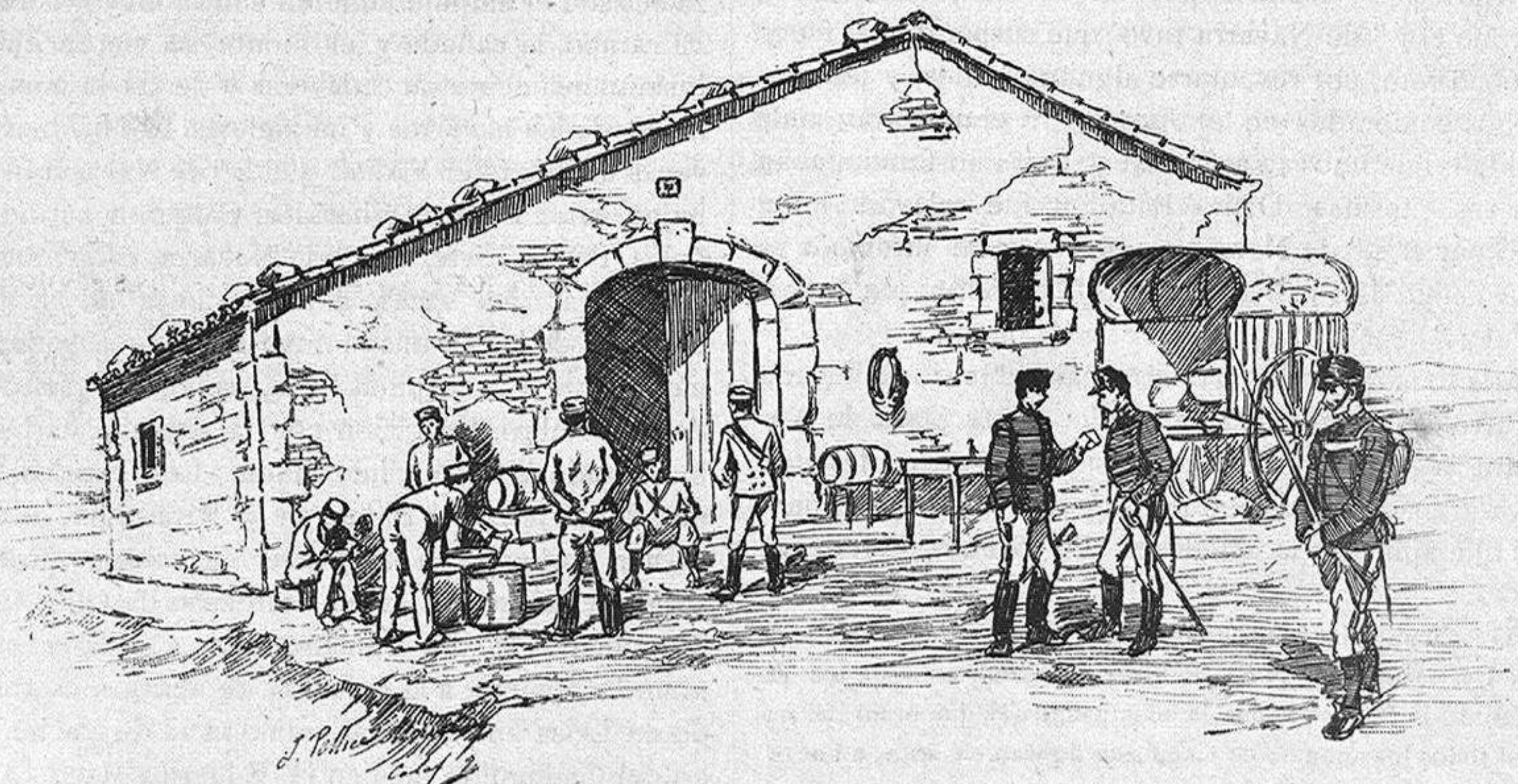
De no practicarse anualmente las maniobras, no es posible que esté instruído el soldado, pues no alcanza á más su servicio.

Estas son, en resumen, nuestras impresiones, las cuales condensaremos en una consideración que juzgamos aceptarán como muy lógica cuantos nos lean: que en Calaf, y en los días de maniobras militares, nos convencimos de que mejor saben los oficiales mandar que obedecer los subordinados; lo cual se compadece perfectamente con la instrucción que llegan á poseer los primeros después de algunos años de servicio, y la

MANIOBRAS MILITARES EN CALAF



Plano de las maniobras.



Almacén de provisiones.

negativa que es dado alcanzar á los soldados, atendido el corto tiempo que forman en las filas (1).

FRANCISCO DE P. OLLER.

APUNTES SOBRE LA ÚLTIMA GUERRA CIVIL

(Conclusión.)

Al llegar al alto del monte los Batallones navarros, en cuya subida no tardaron menos de dos horas, ya se había roto el fuego en las posiciones del General carlista Lizárraga, y con el auxilio de los anteojos pudo verse que sus fuerzas marchaban en retirada, replegándose de cañada en cañada y de monte en monte, sobre Asteasu, Larraul y Alquiza. El fuego era muy débil á veces por parte de los carlistas, lo cual hizo suponer á los navarros cuál pudiera ser la verdadera causa, que no era otra sino la escasez de cartuchos por un lado, y por otro la desorganización relativa en que habían quedado los Batallones guipuzcoanos por la incalificable conducta del Cura Santa Cruz.

Al mismo tiempo, una columna bastante numerosa salía de Andoaín, cubriendo la carretera desde este punto á Soravilla y hasta unos dos kilómetros del puente de Villabona. Visto esto por Olo, dispuso que á la carrera se amparasen de las eminencias más avanzadas los batallones 1.º y 5.º, y que rompiesen el fuego en el acto sobre el flanco y la cabeza de la columna, que después se supo era la Brigada Padial, la cual llevaba en vanguardia el Batallón de miqueletes. El 2.º Batallón y la artillería con algunas compañías del 3.º formaron la segunda línea, rompiendo el fuego la artillería con dos cañones rayados sobre Andoaín, y con los obuses sobre las masas. Ambas órdenes se cumplieron con prontitud y decisión, en términos de hacer vacilar por un momento el avance de los batallones contrarios. Y decimos por un momento solamente, porque el 1.º de Navarra tuvo que suspender el fuego al poco roto, por reventarse algunos fusiles, y los cartuchos comprados en el Extranjero eran de tan mala calidad, que unos se atoraban y otros no funcionaban por sus cápsulas. Dicho Batallón fué relevado en el acto por el 2.º de Navarra; pero en este intervalo ya el enemigo casi había rebasado la posición que ocupaba el 1.º.

Mientras tanto, la artillería había tenido la fortuna de arrojar una granada en medio de la plaza de Andoaín, según relato de un prisionero hecho después, cuya granada desordenó por algunos instantes las fuerzas que apiñadas la ocupaban. En cambio, estaba tan

(1) Cúmplenos hacer constar que lo propio el Director de esta Ilustración, que el Sr. Pellicer Monseny, uno de los dibujantes de la misma, que le acompañaba, y que tomó del natural todos los apuntes de Calaf que figuran en este número, alcanzaron cuantas facilidades fueron menester para llenar su cometido, y merecieron las más finas atenciones de oficiales tan distinguidos é ilustrados como los Sres. Barraquer, Coronel comandante de Estado Mayor, del Teniente coronel Sr. Tuser y de los ayudantes del Sr. Martínez Campos.

en embrión en aquella época la organización de la artillería carlista, que careciendo de alzas las piezas, se veían obligados los oficiales á apuntar sirviéndose de los dedos, de los sables y de otros aparatos tan exactos como estos. La fabricación de espoletas (de tiempos, por supuesto) estaba tan atrasada, que la mayoría de los proyectiles huecos no reventaban. A pesar de esto, tanto y en tales condiciones trabajó la artillería en la acción de Velabieta, que hubo pieza donde solo quedaron en pié para servirla un oficial y un sargento: El General carlista tuvo que ordenar dos veces se retirasen á retaguardia las piezas para evitar las bajas, mereciendo sus Jefes los mayores elogios del General y del 2.º de Navarra, á cuyo lado combatieron los artilleros casi toda la jornada.

Viendo Olo que se generalizaba la acción, y previendo que el enemigo nos pudiera acorralar por la desigualdad de fuerzas, mandó segundo aviso al General Elío, que se hallaba en Leiza, como dijimos, con dos batallones, para que, si á bien lo tenía, le auxiliase con ellos. El Jefe de Estado Mayor General carlista, salió, pues, de Leiza, pero no llegó al lugar de la acción hasta el anochecer, y por consiguiente no pudo tomar parte en la refriega. Sólo sí llegó á ver que los liberales no avanzaban de las posiciones que conquistaron, sin duda por las considerables bajas que había experimentado y la dificultad probable que les ofrecería el aventurarse de noche en aquellos desfiladeros.

Flanqueado el 5.º Batallón por fuerzas superiores y ocupando el 2.º una posición en que se veía casi envuelto por el enemigo, dispuso Olo la retirada de ambos por escalones, cargando el 2.º en dos mitades con la mayor bizarría por dos veces consecutivas, á las órdenes y llevando á su cabeza á sus dos Jefes Radica y Calderón. La carga fué tan profunda, que el Batallón apenas fué hostigado en su retirada por los miqueletes, que como hemos dicho, iban en vanguardia, cuya fuerza resistió el empuje también con la mayor serenidad. El campo, la cañada y el monte se vieron cubiertos instantáneamente de cadáveres y de las boinas encarnadas de los navarros y miqueletes. Allí fué herido dos veces el Brigadier Padial, y el 2.º de Navarra tuvo 200 bajas, entre muertos y heridos; Calderón perdió su caballo. Por su parte, el 5.º de Navarra, cargó con intrepidez otras dos veces, á las órdenes de su Jefe el Marqués de las Ormazas, cuyo Batallón se retiró ordenadamente á la segunda línea, saliendo aquél contuso en un hombro. La acción por la derecha carlista había durado más de cinco horas. Los heridos fueron mandados retirar á Elduayen y Berástegui, donde se habían improvisado hospitales de sangre durante el fuego de la acción, por el secretario de Olo, Coronel Torrecilla. Al día siguiente «La Caridad» proveyó abundantemente á la curación de heridos, estableciendo en Leiza una sucursal ambulancia de Irache, á cargo del distinguido médico D. Eduardo Marín, á quien hemos tenido ocasión de elogiar por su conducta en Montejurra.

Habiendo tomado el mando de los carlistas el General Elío, ordenó quedasen algunas fuerzas en Vela-

bieta y otros puntos avanzados, y las demás se retirasen á sus cantones. Las bajas de los carlistas fueron muy numerosas, aproximándose á 500; pero en cambio las de los republicanos llegaron á 2.000, según confesión de un Comisionado de la Cruz Roja que así se lo dijo al General Olo. Los cadáveres fueron tantos, que se tardaron tres días en enterrarlos.

El General Moriones logró su objeto: abasteció y socorrió á Tolosa, por medio de una atrevida marcha militar; pero no fué sin muchas y sensibles pérdidas. No consiguió levantar el bloqueo de Tolosa, la cual á los ocho días se hallaba en las mismas condiciones que anteriormente, es decir, incomunicada con Andoain y San Sebastián, por los reorganizados batallones de Lizárraga, separada del Comandante general de la Provincia, Loma, y por último, se vió obligado Moriones á embarcar su fuerza en San Sebastián, después de una breve posesión de la línea del Oria, por carecer de otro camino para regresar á Pamplona. Los carlistas no se durmieron sobre su vencimiento en aquella ocasión: gracias á las medidas tomadas por los Generales Elío y Dorregaray, acudieron Batallones alaveses, navarros y hasta vizcaínos, para interceptar los caminos á Moriones, en términos que su proverbial osadía debió de faltarle entonces, cuando prefirió el sonrojo de que el vulgo y los periódicos le llamasen el General pasado por agua, antes que atravesar las reforzadas líneas de los carlistas del Norte.

ANTONIO BREA.

LA DEFENSA DE LOS PIRINEOS

IX

Por lo que hace relación á las zonas de la frontera francesa, que son el objeto de nuestro estudio, vemos que, según lo antes dicho, darían sus contingentes á los Cuerpos activos como todas las demás, salvo la mayor proporción en que entrarían los de cazadores; pero respecto á las clases ó contingentes que ya hubiesen pasado á la reserva, habría que considerar en ellos dos clases distintas de soldados: una que seguiría perteneciendo á los batallones en que sirvió, y otra, la más numerosa, ó por lo menos igual á la mitad del total, que quedaría disponible para constituir el núcleo del batallón fronterizo móvil correspondiente. Si, pues, suponemos que la población de cada una de estas zonas sea tal que dé un cupo anual de 200 reclutas, el necesario para un batallón de Infantería con el servicio actual de dos años en filas, producirían los cuatro contingentes en reserva un total que bien puede apreciarse como promedio en 400 soldados, aun teniendo en cuenta las bajas, los cuales formarían parte del citado batallón fronterizo móvil ó de reserva activa. La fuerza restante de ésta se obtendría de los reclutas en depósito ó excedentes de cupo de los seis años del período de actividad, á los cuales se tendría forzosamente que instruir desde la paz de una manera suficiente, puesto que, destinadas estas tropas á obrar

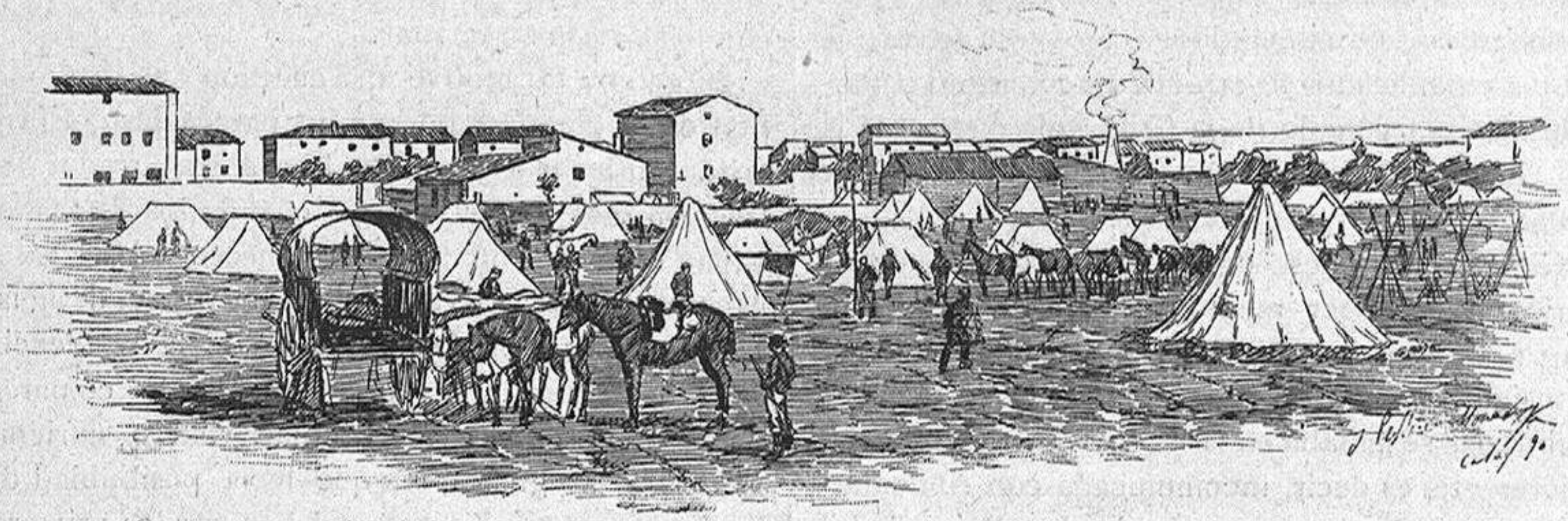
en primera línea, no habría lugar de hacerlo al encenderse la guerra, como se haría en el interior del país con los demás reservistas.

Surge con tal motivo una cuestión que más que militar es de equidad, porque no parece justo á primera vista condenar á esos hombres á un período de instrucción más ó menos largo, cuando los demás que se hallan en el mismo caso permanecen en sus casas sin hacer un día de servicio militar; pero esta desigualdad se impone por el efecto mismo de la residencia de aquéllos junto á la frontera. Así como las comarcas de que son naturales serían las que primero sufrieran los efectos de la guerra, sin que haya posibilidad de remediarlo, así también ellos deben ser los primeros españoles dispuestos á defender su país. De otra manera, al encenderse aquélla y siguiendo siempre en la hipótesis más probable de que hubiera de ser defensiva por nuestra parte, ó había que encerrarlas en las fortalezas fronterizas, donde faltos de toda instrucción y de espíritu militar ninguna utilidad podrían prestar, ó llevarlos al interior para disciplinarlos, perdiendo así un tiempo precioso y cayendo en la grave anomalía que ya hemos señalado en otra ocasión de alejar del sitio del peligro á una masa de hombres que son por la ley tan soldados como otros cualesquiera, y que no solamente pudieran formar una fuerza útil estando preparados de antemano, sino que por las especiales condiciones locales y por ser naturales del país son precisamente los que mayores servicios podrían prestar.

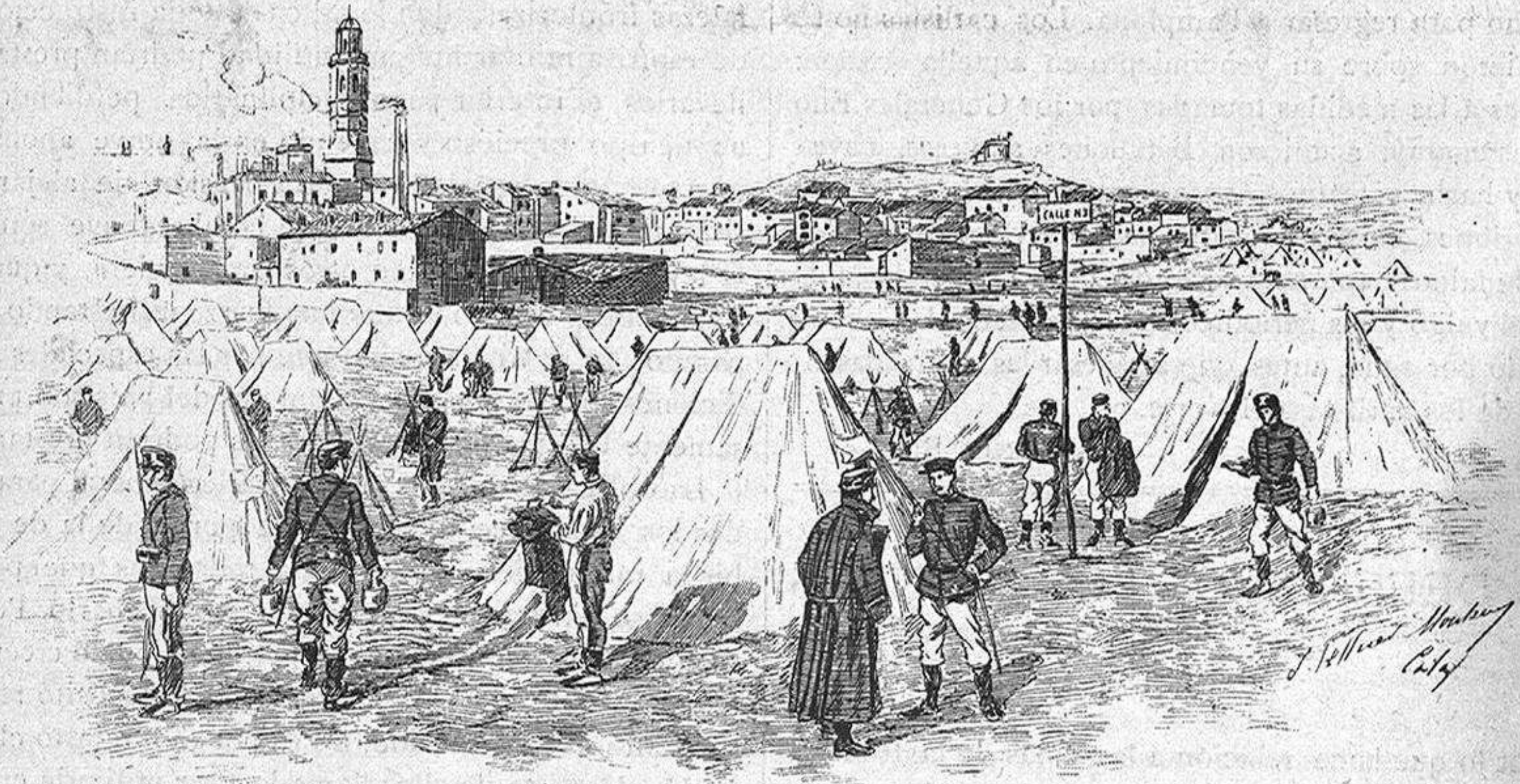
La obligación al servicio militar es general para todos los españoles; lo es también por ende la de recibir la instrucción militar para todos los que por la suerte se libran del servicio activo ordinario. Por lo tanto, si las circunstancias no permiten, como creemos, el que la cifra total de los reclutas en depósito reciba cada año esa instrucción, no es por eso injusto el que se dé á la parte de ellos llamada á ser utilizada en primer lugar.

Para que recibieran esa instrucción con alguna solidez y para mantenerla en lo posible á la misma altura, todos los hombres excedentes de cupo de las zonas fronterizas deberían pasar en las filas un total de seis meses por lo menos, durante los seis años del primer período del servicio militar. Anualmente se reunirían en las cabeceras de batallón los reclutas en depósito, ó sea los del contingente último, para ejercitarse por un plazo que no bajase de tres meses, lo cual podría tener lugar inmediatamente después de la concentración é ingreso en los Cuerpos permanentes de los que deberían servir en activo, ó bien más tarde, si por razón de la crudeza del clima en los Pirineos se juzgase así conveniente, y en el último de dichos meses se podría llamar también á los hombres que se hallaran en los 2.º, 4.º y 6.º año, y que no procedieran de los Cuerpos permanentes, de manera que se constituyese así el batallón con la mayor parte de su fuerza, para ejercitarlo en marchas y maniobras por la montaña. En cuanto á los soldados procedentes de activo que, según lo dicho, habrían de formar parte de estos batallones, sería también más conveniente que se ejercitasen en las mismas

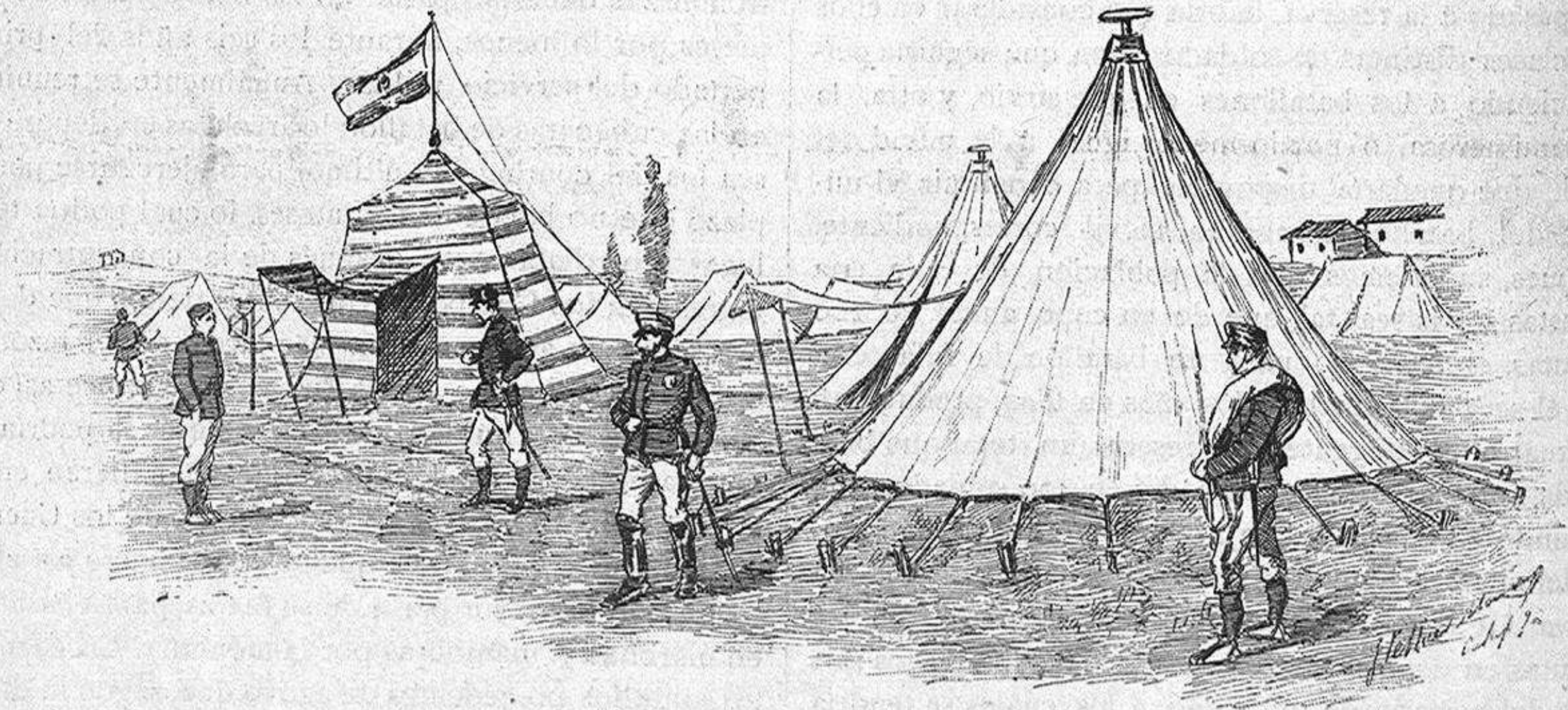
MANIOBRAS MILITARES EN CALAF



Campamento de Lanceros de Borbón.



Vista de Calaf y campamentos de Infantería de Asia y Luchana.



Campamento del Cuartel general.

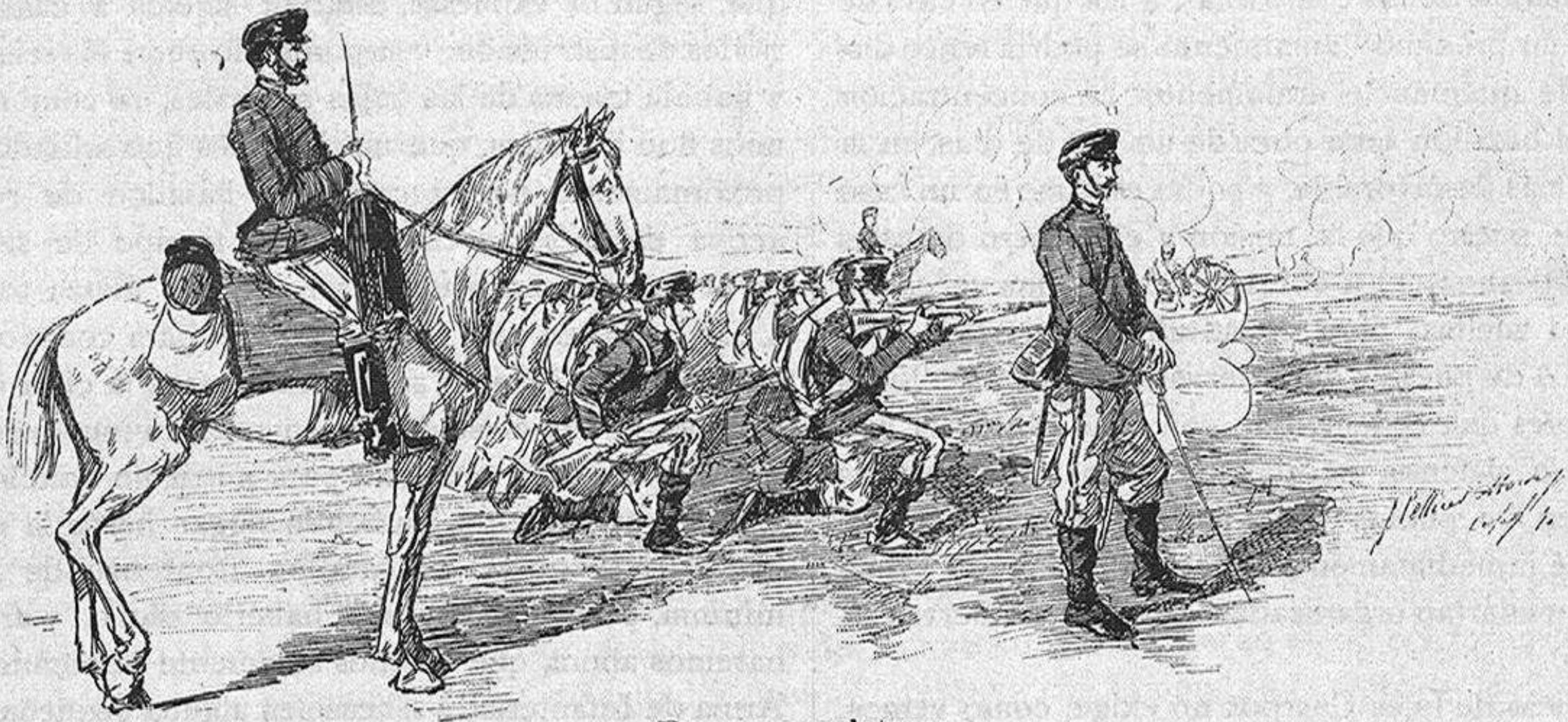
MANIOBRAS MILITARES EN CALAF



Campamento de Caballería de Tetuán.



Fuego de guerrillas.



Fuego por pelotones.



Ataque al pueblo de Forteza.

maniobras siquiera una vez, lo que podría tener lugar al año siguiente del de regreso á sus hogares.

Excusado es decir que para todo esto sería preciso dotar á los Cuerpos de que se trata con un poco más de largueza que lo están actualmente los cuadros de reserva. El armamento, las municiones, equipos y vestuario deberían estar almacenados en los centros ó cabeceras de batallón, á cargo de los mismos Cuerpos, á no ser, respecto al primero, que hubiera Parque de Artillería en la localidad. También precisaría que contasen permanentemente con el material de transporte y sanitario necesario para el batallón en pie de guerra, y hasta convendría, si no mantener constantemente todo el ganado necesario, por lo menos arbitrar el medio de procurárselo en el momento oportuno. Además, la custodia y conservación de todo esto claro es que exigiría la presencia continua de alguna fuerza de tropa en el cuadro del batallón.

Solamente así se conseguiría tener una fuerza dispuesta en realidad á defender la frontera en cualquier momento hasta la llegada de las tropas permanentes destinadas á ocuparla y á auxiliar después á éstas eficazmente. Aunque no sea posible fijar *a priori* la extensión de las demarcaciones, que depende de la densidad variable de la población de los valles pirenaicos, bien puede asegurarse que bastarían algunas horas para la reunión de las compañías, á las que en caso de temor de un próximo llamamiento se podría tener distribuido de antemano el armamento. La concentración de todo el batallón sería obra de un par de días, en la hipótesis más desfavorable, y podrá evitarse en un caso perentorio, puesto que la misión y el número de estas tropas las destinarían á obrar las más de las veces por compañías sueltas, para constituir la primera línea avanzada ó de puestos de observación. Los batallones de cazadores que concurrirían con ellas al primer período de la defensa, habrían de formar las reservas tácticas en los puntos principales, y con las demás tropas que inmediatamente se fueran reuniendo á retaguardia, quedarían organizadas las grandes reservas estratégicas.

El servicio de tales Cuerpos no exige, como vemos, una organización exactamente uniforme. Esta debe resultar de la disposición del terreno, que es la que determina en las montañas el agrupamiento de la población, que á su vez influye naturalmente sobre el número y situación de las comunicaciones que hay que guardar, y también ha de hallarse en armonía en cuanto sea posible con la extensión é importancia de cada comarca. Desde luego creemos que la organización regimentaria debe ser desechada como inútil en este caso ó más bien por perjudicial, dada la dificultad de poder atender al gran número de fracciones diseminadas en una dilatada extensión, que comprendería una unidad orgánica de su clase, y por esto hemos venido hablando constantemente de zonas de batallón como la división más propia para el territorio fronterizo, á pesar de que en el interior encontramos que pueden ser preferibles las grandes zonas que hoy existen, y que vienen á ser las verdaderas provincias militares. No nos expli-

camos cómo los italianos tienen sus tropas de los Alpes agrupadas en regimientos, de los que alguno consta de muchos batallones, hallándose destinadas á una acción semejante á la que hemos indicado; porque la ventaja que puede reportar una mayor concentración administrativa no es suficiente para sostener en la paz lo que no ha de subsistir ó de ser eficaz en la guerra, y tratándose de tropas como las que proponemos, que sólo en ésta habrían de formarse, claro es que hasta la razón apuntada huelga. Debiera adoptarse para ellas como unidad orgánica normal el batallón tipo de cuatro compañías, reduciendo éstas á tres ó aumentándolas hasta cinco, según conviniera para la mejor agrupación de las fuerzas por valles ó comarcas bien determinadas. Un batallón de seis compañías sería ya demasiado fuerte, y parece preferible formar en tal caso dos de á tres. La fuerza de éstas también podría variar dentro de ciertos límites, aunque sería lo más conveniente que se mantuviese entre 200 y 250 hombres, lo que da un *mínimum* de 600 hombres y 1.250 como fuerza máxima para el batallón.

La zona que hemos presentado como ejemplo, proporcionando 200 reclutas anuales para un reemplazo ordinario de 45.000 hombres, tendría todavía, por lo menos, según las proporciones ordinarias, otros 150 mozos por año útiles y libres del servicio activo; pero que, según lo expuesto, estarían sujetos á cuatro períodos de instrucción; componiendo entre los seis años, y habida cuenta de las bajas naturales, un conjunto de unos 800 hombres, que unidos á los 400 soldados que próximamente pertenecerían al batallón de reserva activa después de cumplido su tiempo de servicio en el ejército permanente, arrojan una fuerza total de 1.200 hombres, más que suficiente para constituir dicho batallón. De aquí se desprende que la cifra de población de esta clase de zonas puede sin inconveniente ser menor que la necesaria para nutrir un batallón del Ejército permanente, pudiendo llegar hasta la mitad, que correspondería al batallón fronterizo de fuerza mínima, porque ya creemos haberlo dicho, y si no lo haremos ahora, que en ellos solamente se reclutaría el Arma de Infantería, y si acaso en alguna pequeña parte la Artillería de montaña, para no desvirtuar las ventajas que nos prometemos de una organización fundada en la conveniencia, inobservada hoy, de utilizar del mejor modo las cualidades peculiares de los habitantes de cada región.

Comprendemos las objeciones que pueden hacerse á este nuestro proyecto de creación de tropas fronterizas, y vamos á dar anticipada contestación á la más seria de todas ellas. ¿Cómo, se dirá, pretender presentar al enemigo en primera línea unos Cuerpos que solamente contarían en sus filas una tercera parte de soldados habiendo pasado por las del Ejército permanente? Para desvanecerla, basta en nuestro concepto con que se note la clase de guerra á que esas tropas se destina, pues en la montaña y para fuerzas especialmente dedicadas á la observación y á combatir en pequeñas fracciones, se atenúa tanto la importancia de la cohesión, tan imprescindible en las tropas destinadas á la

guerra regular, cuanto aumenta la de agilidad y soltura individuales, la audacia y el conocimiento del país, condiciones todas que posee el montañés ó pueden desarrollarse en él con relativa facilidad. Los brillantes ejemplos que los tiradores nacionales del Tirol han ofrecido en las numerosas luchas de que su país ha sido teatro, y especialmente en las defensas de 1805 y 1809 contra franceses y bávaros, y los repetidísimos que presenta la historia de nuestras propias contiendas, así en las civiles como en las guerras de Sucesión y de la Independencia, respecto á la eficacia de la acción de fuerzas bisoñas más ó menos regulares, cuando cuentan con la protección del terreno, prueban la verdad de nuestro aserto; y de todas maneras, lo que proponemos, por defectuoso que se juzgue, es siempre un medio de utilizar elementos que en el estado actual carecen de todo valor militar, para aplicarlos á un fin esencialmente necesario, como hemos visto que lo es el reforzar nuestra frontera pirenaica. Si existe otro que produzca resultados superiores, aplíquese en buen hora; pero si no le hay, como parece cierto, entre lo mediano y lo malo no es dudosa la elección.

No hemos hablado hasta ahora de las fuerzas de segunda línea, ó sea las de la segunda reserva de las zonas fronterizas, porque éstas constituirían batallones de reserva iguales en lo esencial á los de los regimientos de la misma clase del interior, salvo la diferencia de fuerza que pudiese ocasionar la diversidad de extensión de aquéllos. Estos Cuerpos ofrecerían también la ventajosa diferencia, respecto á los últimos, de tener instruído todo su personal, lo cual es por otra parte necesario, dada su situación, para el buen cumplimiento de la misión que les corresponde, la que, á semejanza de la de todas las demás tropas de la misma clase, pero con muchas más probabilidades aquéllas de sentir la presencia inmediata del enemigo, sería principalmente la de guarnecer los puntos fuertes de la frontera para dejar disponibles sus guarniciones permanentes desde los primeros momentos. No pediremos que durante el plazo de servicio en la segunda reserva continuasen para los soldados fronterizos las asambleas de instrucción, para no aumentar las dificultades económicas que éstas pudieran ocasionar en el precario estado actual de nuestra Hacienda, aun realizándose en tan pequeña escala como la propuesta; dificultades que en este caso se acrecentarían por tratarse de hombres que en su mayor parte tendrían ya creada una familia, á la que habrán de abandonar por tiempo más ó menos largo. Esa necesidad de reunir temporalmente las reservas de todas clases para afirmar su instrucción y mantener vivo en ellas, en lo posible, el espíritu militar, se impone, sin embargo, para en cuanto sea dable destinar á tan importante objeto algunos pocos millones de pesetas de las que hoy se invierten en atenciones que, si ineludibles por el momento, han llegado á adquirir, por falta de previsión, un desarrollo innecesario y hasta perjudicial para la buena organización del ejército; y es evidente que si no se puede extender á todo el país aquella tan beneficiosa medida, interesa aplicarla en primer término á las reservas de los distritos li-

mítrofes con las fronteras, y de éstos más especialmente á las zonas de que tratamos.

FRANCISCO LARREA.

PÁGINAS DE UN CARLISTA

POR F. SAGREDO Y ESCOLANO



CUINIENTAS veces me había yo preguntado lo mismo, y hubiera sido un porro si me sorprendiese; sabía que en aquella taberna se detenían los arrieros de *Sequeros*, y me convenía esperarlos. Además, necesitaba ocul-tarme, por si me buscaban los de Ciudad-Rodrigo; en cambio, no debía aparecer como un criminal vulgar que huye de la justicia, pues á la menor sospecha sobre mi fuga me hubieran negado todo refugio, y la misma proximidad del correccional, campo abierto á los malos pensamientos, me colocaba en situación difícil. Fuese por estas razones, unidas á mi carácter abierto y decidido, ó ya porque las palabras emborrachan tanto como el vino, y hablando hablando se descubre la hilaza de la propia opinión, la ingenuidad me obliga á confesar que no anduve con muchos misterios. Nosotros los carlistas adolecemos de defectos, y uno de ellos es cierta facilidad en suponer á todo el mundo conforme con nuestro modo de sentir. Enamorados de las hermosas ideas que profesamos; habituados á ser unos, con la misma lengua y la misma patria, atribuí-mos á los liberales virtudes que muchas veces no poseen, y viéndolos españoles no concebimos que sean adversarios.

Aunque no completa narración de mis trabajos, contesté á sus preguntas lamentando mi poca fortuna; que huérfano, errante y abandonado de mis tutelares defensores, no conocía ninguna persona que me protegiese. Hice interesante descripción de la sorpresa de Portugal, ponderando las penalidades sufridas, y no contento todavía, eché mano del recurso conocido en retórica con el nombre de *afectos*: la llamé mi ángel, la colmé de elogios, presentándole un cuadro de composición ante el cual, si se mostraba indiferente, nada bueno podía esperarse de su sensibilidad.

Las mujeres son compasivas y piadosas por naturaleza; no demostró mucho susto al saber que tenía delante un partidario de Carlos V, y su tranquilidad me bastó; porque la palabra *carlista* es una especie de mágico talismán que produce efectos sorprendentes y con el que se puede echar á andar por cualquier parte. ¡Cuántas veces al decir *carlista* he visto á hombres de talento y de instrucción andar de medio lado mirándome de reojo y separándose de mí como si se tratara de judíos! A juzgar por esto, no se conoce que España lleve *mil cuatrocientos años* de institución monárquica, y los ciegos partidarios de la Reina no debieran espantarse tanto al encontrarse con ciegos partidarios del Rey.

Sabidos tales precedentes, ¿podía extrañarse que

considerara un logro haberme hecho aceptable?— Plantarme fuera de su casa era para ella un compromiso, á no ser que me prestase sus basquiñas, porque yo estaba como mi madre me parió; pero dado el amor que despertamos con nuestros principios, conservarme debajo de la manta, francamente, me pareció una canongía.

Cenamos juntos y me trató muy bien, armonía natural entre dos personas tan conformes; atrancamos bien la puerta, y todo quedó en sosiego, sin otro ruido que el de la lluvia, que continuaba cayendo á más y mejor, con gran contento mío.

Dos días completos permanecí escondido en el ventorrillo, á la sombra de aquella viuda discreta, y cuando llegó el caso de partir, discutimos en consejo y amigablemente la determinación que creímos más juiciosa.

Entre los arrieros que pasaban por la venta había uno llamado Marcelino, que le tocaba venir aquella misma noche y que ofrecía la ventaja de ser carlista y hombre de confianza. Decidí marcharme con él, porque casualmente subía de retorno acercándose hacia Salamanca, dirección muy conveniente. A las tres de la madrugada sonaron campanillas y abrimos la puerta, alegrándonos que llegase sin viajeros, circunstancia que nos permitió hablarle libres de testigos; pero con el regocijo de llevar consigo persona de su misma opinión política, no cerraba el pico, y le di prisa para que acabase de echar su eterno aguardiente. Pagué á mi huésped, hice mi hatillo y montamos en los machos.



No recuerdo en qué libro se afirma que las revoluciones y las luchas producen un género de atractivos emanados *del contraste* muy dignos de estudio, y que así como lo blanco sirve para que resalte mejor lo negro, con la divergencia de pareceres se hace más bella *la unión de los partidarios*. Tales ideas han de proceder seguramente de *Bolonia* y otras escuelas extranjeras, pues entre nosotros no valen teorías; por aferrados que estemos en favor de una causa, *cient españoles* significan asimismo *cient opiniones* diferentes. No es esto decir que Marcelino y yo la emprendiésemos á cachetes en el camino, sino dejar sentado que aquel viaje resultó con arreglo á los principios corrientes; cordial y agradable, aunque en extremo breve, á las cuarenta y ocho horas me separaba de él y corría por los caminos de España ignorando los nuevos peligros

que me cercaban. Al divisar á lo lejos la villa remate del trayecto ordinario que solía recorrer, le aconsejé que se adelantara buen trecho, á fin de que no nos viesan juntos; el infeliz pasaba por allí con frecuencia, tenía seis hijos, y próspera ó adversa, mi fortuna no debía comprometerle. Mas no hubo medio de que tomase nada por mi conducción; alegaba que él á su modo servía también al Rey, y que en llevarme de balde no hacía sino cumplir con su cometido.

Si el buen General acude al cañón, la menor partida en armas basta para que los carlistas nos acostemos pensando en ella, nos levantemos pensando en ella y vivamos en espíritu con aquellos de nuestros amigos esforzados que pelean por la Causa tradicional. Así sucedió entonces; los muchos mozos que habían conseguido salvarse de *los peseteros* cuando nos dispersamos en la provincia de Zamora, fueron siguiendo á la desfilada el mismo derrotero que yo, y sin ponernos de acuerdo, todos nos dirigíamos al Norte, acudiendo al rumor del combate; unidad de acción corriente en las guerras populares, hijas como la nuestra del sentimiento, y de la cual pudieran sacarse mejores frutos y acaso el triunfo de nuestros ideales. Pero el grito de *facciosos* en la provincia de Salamanca lo juzgaron las autoridades un acontecimiento grave que exigía medidas prontas y decisivas, expidiéndose órdenes terminantes para prendernos dondequiera que nos encontrasen, y abarcando el mandamiento los vagos, indocumentados y sospechosos, que un puñado de fugitivos habían de hallarse por fuerza sin constituir agrupación temible. Estos partes que recibieron los Alcaldes, van transmitiéndose de pueblo en pueblo por medio de peatones, rápido sistema de *levantar la tierra*, y marchaba directamente á caer en manos del enemigo.

Antes de despedirme de Marcelino, había comprado provisiones por hurtarle el cuerpo á las tabernas, andando sosegadamente en todo un día más de ocho leguas sin entrar en poblado. Empezaba á oscurecer, y me detuve junto á una tapia de esmerada construcción, quizá perteneciente al Patrimonio Real, único que



construye cercas de tanto lujo; me introduje en la posesión por el portillo de la salida de aguas, tendiéndome en un hoyo rodeado de malezas, y allí pasé toda la noche. Hubiera dormido algunas horas al calorillo y templanza del sol, si no me despertasen voces y gri-

tos. Abrí los ojos; sin necesidad de moverme vi un charro que, subido en lo alto de la cerca, me había descubierto y me apuntaba con su escopeta entretanto multitud de mozos armados hasta los dientes aullaban á mi alrededor.—«Mirale..... aquí está..... date, faccioso, date..... Ya pillamos uno.»—No hice resistencia, y ni aun me ataron, pero me rodearon tres ó cuatro; el grupo principal se colocó á retaguardia, volviendo todos pies atrás á tomar la carretera de Salamanca, donde según la orden debían conducir á los detenidos. Les oí decir que la alarma comprendía infinitos pueblos, cuyos vecinos andaban ocupados en la inocente caza de facciosos. Conforme y resignado dejé que rodara la bola, y nada aduje en defensa mía, porque nada esperaba conseguir. Véase cómo de una cárcel pasé á otra peor, mediando poquísimos días de interregno.

A las pocas jornadas entrábamos en la ciudad de las ciencias; ellos al resguardo de sus grandes sombreros, y yo achicharrado de calor. Un preso carlista no podía menos de redundar en estima de sus conductores, y los ladinos charros, que lo conocían perfectamente, en pelotón y con gran alharaca hacían alarde de mi captura. No obstante, conocí (cosa que los presos conocen en seguida) que no despertaban simpatías en los habitantes del arrabal. Miradas severas, poca curiosidad, exclamaciones sentidas en las mujeres, único efecto que obtuvo su mentiroso celo, les obligó á callar, y sin notarlos ellos mismos fueron quedando silenciosos; noté que apercibían las armas y que se apretaban en derredor mío, temiendo que el prisionero se les escapase.

Llegaban en mala ocasión. El Comandante militar había metido en la cárcel á una Comunidad de franciscanos; no reconocía otro origen aquella frialdad. Salamanca entera vió con disgusto este proceder contra inofensivos frailes, que naturalmente tenían en ella



sus relaciones, sus amigos, sus parientes y, lo que es más eficaz, su caridad y sus buenas obras. No me pareció mal presagio semejante recibimiento. Me llevaron directamente á la casa triste; me entregaron al carcelero; abrió un cuarto que recibía luz por una hermosa reja, y hasta las seis de la tarde dormí en el jergón que encontré en mi encierro, disfrutando de sus delicias.

El primer aspecto de la cárcel de Salamanca no podía llamarse desagradable. Puertas majestuosas, altura de techos, grandes ventanales y gruesos muros, desterraban con su grandiosidad las ideas melancólicas. De construcción antigua, poseía en alto grado eso que los artistas llaman carácter, y que muchos suelen confundir con lo viejo, aunque no es lo mismo. Estaba ya muy ruinoso; enfrente de mi camastro había una raja por la que cómodamente podía meter la cabeza. Risas y conversación sostenida á poca distancia, me sacaron de mis distracciones; parecían salir los murmullos precisamente de la tal hendidura, y me acerqué á examinarla. Ancha al principio, se iba estrechando hacia el interior, y nada alcanzaba á ver; pero sí pude escuchar lo que decían los presos del otro lado: hablaban de política, y necesité pocas palabras; eran también carlistas. Deseando cerciorarme, y para llamarles la atención, di golpes en el muro, aunque por su espesor desconfiaba que los oyesen, cuando una voz clara resonó por la abertura diciendo «¿Estás ya despierto, zascandil?—¡Buena caminata habrás traído!—¿De qué provincia eres tú?—Aguarda, añadieron en seguida: lo primero que te hace falta es un trago de soberbio moscatel, como lo vas á beber bonitamente ¡Vaya si lo beberás!» Dificultaba yo que fuese sin abrir la puerta; pero asomaron por allí mismo una larga paja de centeno. «Chupa, chupa, carcunda, decían en tono festivo, que luego hablaremos.»

Aquella estancia la ocupaban varios frailes. Me vieron entrar, atisbando por lo alto de la rendija, y respetaron mi sueño; aseguraban que el carcelero, hombre bonachón, no tendría inconveniente en encerrarme con ellos, y que cuando nos juntasen charlaríamos largamente; que quien me hablaba entonces se llamaba el P. Andrés; que puesto el sol me llevarían luz, y que indudablemente consentirían en reunirnos por ahorrarse el gasto de una candileja más, todo con la indispensable y precisa condición de que estuviese preso sólo por carlista, en lo que insistí bajo mi palabra de honor.

Empezaba á cansarme la oscuridad; pero después de gran estrépito de llaves vinieron á sacarme del calabozo.



Inmenso salón, comparado con el mío, era la habitación de los frailes; en él había camas, muebles y nueve religiosos que esperaban mi llegada. Los pasos del carcelero se fueron alejando, y entonces me rodean, me asedian, preguntándome todos al mismo tiempo y haciéndome darles cuenta, no sólo de mis sucesos, sino de muchos hechos públicos que ignoraban. Contentísimos al saber que en Madrid no habían preso á ningún sacerdote, duda que los traía inquietos y azorados, correspondieron por su parte enterándome de las escasas novedades y chismes de Salamanca, á los cuales atribuían su prisión.—«Porque es lo cierto, decía el P. Andrés, que en los treinta días que llevamos de cárcel, aislados y sin comunicación ninguna, nos hemos dedicado de intento á examinar y analizar nuestra conducta, sin haber hallado todavía el motivo de nuestra prisión. Acaso pudiera objetarse que carlistas é intolerantes atizábamos desde el púlpito la discordia y la rebeldía; acusación incierta: la mejor parte de nuestros hermanos, y entre ellos algunos especialmente afectos á Don Carlos, acudieron á Madrid llamados de orden superior. Quedamos nosotros nueve, y no se ha predicado gran cosa. ¿De qué se nos acusa? ¿Por qué se nos encarcela, obligándonos á cerrar la Iglesia, sin la menor formalidad ni sombra de proceso? No ha faltado entre nosotros quien creía ya verse frente á frente de una persecución religiosa producto del abismo; pero en tal conflicto las demás Ordenes, que permanecen tranquilas en sus Conventos de Salamanca, correrían nuestra suerte también, y esta ilusión se desvanece por completo con las satisfactorias explicaciones que tú mismo nos haces de lo que pasa en Madrid.»

Los frailes en 1834 daban lugar á encontrados pareceres: una parte de la sociedad los denigraba por sistema, criticando amargamente su tendencia á ingerirse é introducirse en las familias; otros miraban en ellos sus paternas consejeros, y desde el bautizo de un hijo, hasta el asunto más grave, nada sabían hacer sin el consabido fraile director, destinado á resolverlo todo; y los lechuguinos y burlones se limitaban á rehuir su trato, rechazándolo por ordinario. Siempre consideré una injusticia generalizar sus méritos y sus defectos; de fraile á fraile había grandísima diferencia para hacer afirmaciones ó negaciones absolutas; pero no debo pasar en silencio lo que contribuye á la exactitud en una cuestión sobre la que se ha divagado tanto. Las ligeras indicaciones que trato de mencionar, se refieren á la influencia ejercida por las Ordenes monásticas en el total de la Nación española, en la vida del pueblo y de la provincia; porque en Madrid, *mare magnum* de tendencias y de aspiraciones, ejercían ya los frailes tan escaso predominio, que fuera del libro, del púlpito ó del confesionario, apenas se notaba su existencia. Si permaneciendo de continuo en la Corte no los encontré en mi camino, en el terreno de la tribulación y de la adversidad, donde hube de tratarlos, los conceptué inmejorables. Sufridos, ilustrados, complacientes, los nueve religiosos me hicieron pasar sin sentir la dureza de mi encierro, lejos del ascetismo que

me figuré al principio y que juiciosamente se hubiera podido suponer en personas de su carácter. Antes por el contrario, la mayoría jóvenes, alegres y de excelente humor, saltaban y brincaban como locos, inventando multitud de juegos tan ingeniosos como sencillos, que contibuyeron á distraernos agradablemente. Ocurría á veces que en medio de las diversiones más ruidosas exponía cualquiera de nosotros alguna especie nueva sobre la guerra, ó bien sobre la situación que deplorábamos. Entonces todo quedaba en suspenso; cesaba el bullicio, y reunidos y formando corrillo comentába-

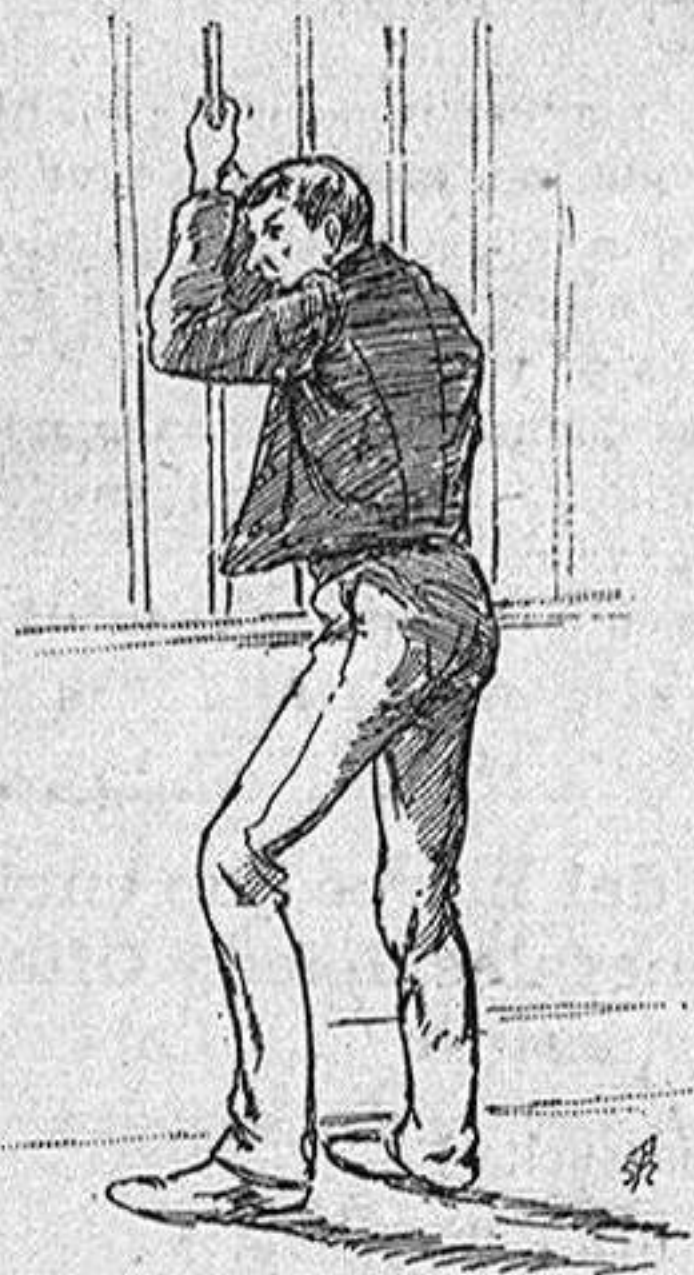


mos consecuencias tristes ó nos perdíamos en conjeturas y probabilidades desagradables. ¿Cuánto iba á durar nuestra prisión? ¡Ah, qué sombrío se nos presentaba el porvenir!

Una tarde el P. Andrés me pilló por su cuenta, y como nuestras ventanas dominaban gran parte de la ciudad, se entretuvo en hacerme exacta descripción de ella. Y en verdad que no puede tenerse idea de lo que Salamanca fué, sin conocer y deplorar sus espantosas ruinas.

«Lastimosos restos, exclamaba el buen religioso, que prueban la importancia europea que adquirió. ¡Timbres gloriosos de edades más dichosas que pasaron!— ¡Páginas vacilantes de la Historia patria!—Allí nació Don Alonso el XI, terror de la morisma; esas otras casas apiñadas que ves, cobijaron á *el Tostado* mientras se educaba en Salamanca; sus calles se vieron regadas con sangre de banderías, afligiendo el trágico fin de los *Villalvas* y los *Manzanos*; por aquella puerta entraron los desgraciados restos batidos por los moros de Sevilla. Aquí se declaraba en Concilio inocentes á los Templarios españoles, cuando á los ojos del mundo se les consideraba culpables; aquí tuvimos á San Vicente Ferrer asombrando á los elocuentes con la elocuencia; de aquí salieron los seis mil ilusos que con doscientas lanzas iban á engrosar los rebeldes de Villalar; aquí entró triunfante el Emperador Carlos V con músicas y ruidosos festejos. Y para que nada falte, allá abajo tienen lugar las apariciones fantásticas y terroríficas al vulgo, del *Negro de la redoma* y la *Madre Celestina*. Y mientras estas rancias cosas han ido sucediendo, ¿qué eran los romanos para los hombres de aquel entonces, sino una antigualla remotísima? ¡Del mismo modo lo son ellos hoy para nosotros, ¡y es que no puede tenerse idea de todo lo que significa el paso de los siglos, la marcha de la Humanidad!»

Cuando se hubo cansado de mencionar hechos históricos, se separó de mí para ir á rezar sus horas.



Quedé agarrado á los gruesos barrotes de la reja, dejando revolotear la fantasía por las regiones del heroísmo. Engolfado en los deliciosos recuerdos de *glorias que pasaron*, concluí por perderme en multitud de suposiciones poéticas. Este entretenimiento de recrearnos con lo que *hemos sido*, y aparecer siempre revestidos, digámoslo así, de ropa vieja, es el frecuente

consuelo de los españoles; pero en aquella ocasión *lo que hemos sido* me llevó sin sentir á lo novelesco: á los verdugos, á los sicarios, á las cárceles, á los lentos y trabajosos esfuerzos de los presos por recobrar su libertad, viniendo á encontrarme como de golpe con la realidad de lo mismo que imaginaba. Sin poderlo evitar eché una mirada en derredor mío: la fuga no me pareció imposible.

DON RAFAEL DIEZ DE LA CORTINA

LOS lectores de EL ESTANDARTE REAL conocen ya este nombre.

Es el de uno de los hijos del esforzado defensor de Don Carlos que alcanzó muerte gloriosísima en la acción de Piedrabuena.

Hemos honrado estas páginas con el retrato del padre y de los hijos, simpático grupo en que resplandece la decisión y lealtad de una familia cuyos individuos todos se han sacrificado por su Dios y por su Rey.

Honran al partido carlista hombres de tal temple, y por este motivo tuvimos la de presentarlos á nuestros amigos como soldados y como héroes. Mas hoy nos cumple presentar bajo otro aspecto al simpático Comandante de Artillería D. Rafael Diez de la Cortina, obrero infatigable que con su trabajo ha logrado crearse un nombre y conquistar una posición en un país donde tanto abundan los hombres laboriosos y activos hasta la exageración: en los Estados Unidos del Norte América.

Por referencias de compatriotas nuestros y por la lectura de los periódicos neoyorkinos, tuvimos noticia en fecha no remota de los progresos de la Academia que para la enseñanza de Idiomas tiene establecida el Sr. Cortina en Nueva York, y recientemente leímos los elogios que varias publicaciones dedicaban á nuestro correligionario, con motivo de la publicación de su obra *The Cortina Method.—To learn Spanish in twenty lessons*, ó sea método para aprender el español en solas veinte lecciones.

La oferta parece exagerada, y sin embargo los periódicos españoles americanos, que pueden ser peritos en la materia, dedican al autor calurosas felicitaciones, que no hemos de escatimarle nosotros, tratándose de un compatriota nuestro y de un carlista, mayormente cuando el Sr. Cortina ha tenido la dignación de remitirnos por el último correo un ejemplar de su citada obra, abultado tomo en 8.º mayor, de más de 400 páginas de elegantísima impresión.

Nos place aprovechar ocasión tan propicia como la que se nos presenta para dedicar un elogio desapasionado al joven oficial carlista, que con su ilustración y constancia enaltece el nombre español en el Nuevo Mundo.

Y para que se comprenda que no exageramos en nuestros elogios, reproducimos á continuación lo que con el epígrafe «Enseñar deleitando» hemos tenido ocasión de leer en el antiguo periódico de Nueva York *Las Novedades*:

Dice así:

«Por culpa del rutinario y enojoso método que aun hoy emplean los maestros de idiomas á la antigua usanza, suelen los alumnos, ó aburrirse á las pocas lecciones, ó eternizarse en el estudio sin gran provecho, consumiendo una actividad intelectual que pudiera destinarse á otros fines, sin alcanzar jamás aquel grado de perfección práctica que se obtiene con métodos más naturales y por lo tanto más científicos.

»Hemos empleado este adjetivo con toda deliberación y conocimiento. Entre un sistema que se limita á recargar la memoria con una balumba de reglas gramaticales y acaso otras tantas excepciones, y el que conduce de la mano al discípulo por la pendiente suave y placentera de una enseñanza práctica, hasta llevarlo á la cumbre del perfecto dominio de un idioma, optamos y optaremos siempre por el último, creyéndolo, no sólo más expedito y agradable, sino más rico en resultados.

»A esta clase pertenece el Método para aprender el castellano que ha compuesto el profesor D. Rafael D. de la Cortina, de la Universidad de Madrid, y ha salido de las prensas de la importante casa editorial de los Sres. D. Appleton y C.^ª En pocas lecciones, y sin gastarles la sustancia encefálica con abstrusas disquisiciones léxicas (sin rehuir por eso las explicaciones gramaticales cuando son del caso) infunde el Sr. Cortina á los estudiantes que cuenten el inglés por lengua materna, un conocimiento vasto de nuestro hermoso idioma castellano, á la vez que le familiariza con los más notables literatos españoles antiguos y modernos, y con la topografía, usos y costumbres de las principales ciudades de España y otros países que son y han sido españoles, indicándoles el modo más rápido y comprensivo de visitarlos. Un mapa cromolitográfico de la Península Ibérica, intercalado en el libro, facilita la comprensión de estas indicaciones.

»La obra del Sr. Cortina es recomendable por su método, que se ajusta al principio de proceder de lo más sencillo á lo más complicado, y por la claridad de su exposición, que pone nuestra lengua fácilmente y

sin esfuerzo al alcance de todo linaje de estudiantes.

»La parte tipográfica, el papel y la encuadernación nada dejan que desear, y honran á la casa editorial que ha publicado la obra.»

Reciba el Sr. Cortina nuestra humilde enhorabuena, á la par que la expresión de nuestra gratitud por el ejemplar de su Método ó Gramática con que se ha servido favorecernos.

F. DE P. O.

NUESTROS GRABADOS

Copia de la fotografía del cuadro regalado al Señor Duque de Madrid, con motivo de sus días, el 4 de Noviembre de 1890.

(Gran lámina suelta.)

Se compone de 136 retratos. La parte caligráfica honra en gran manera á los Sres. Serra y Abelló. Las fotografías han corrido á cargo del reputado fotógrafo Sr. Puig, acreditando una vez más la justa fama de que gozan sus talleres. En el centro del cuadro figuran en tarjetas de mayor tamaño los retratos de D. Manuel de Vilageliu, Inspector de Caballería; del Barón de Casa-Ratés, Director de Sanidad militar; D. Francisco Solá, Intendente de División, y D. José de Mora, Brigadier de infantería. Siguen luego los demás retratos, artísticamente colocados.

El portador de este obsequio fué el Capitán Ugalde, dando lectura en el acto de la entrega al siguiente mensaje:

«Señor:

Nada más grato para mí que el cumplimiento de la misión que me confiaran mis compañeros de armas y de infortunio de Cataluña, toda vez que ella me proporciona la tan alta como inmerecida honra de poner en manos de V... el pequeño obsequio que aquellos decididos y entusiastas defensores de la L... dedican á su amado R... y Señor en tan fausto y señalado día, en prueba de su incondicional adhesión á los principios que en vuestra R... Persona se hallan representados, y que constituyen sin duda alguna el Derecho, la Razón y la Justicia.

Los carlistas de la región catalana, por mí representados, os aseguran estar prestos á dar cumplimiento á Vuestros R..., mandatos y á ocupar sin vacilación alguna el puesto de honor que tengáis á bien confiarles.

En el ínterin, dignaos, Señor, recibir la respetuosa á la par que cariñosa expresión de que soy portador, mientras que sus remitentes quedan elevando preces al Todopoderoso para que conserve la preciosa vida de Vuestra R... Persona y Familia, y os conceda el triunfo de Vuestra sacrosanta Causa.

Venecia, Noviembre de 1890.

Señor:

A los R... P. D. V...—*Miguel Ugalde y Varela.*»

Este recibió de manos de Don Carlos retratos para todos los Jefes y Oficiales que allí figuran, y tres fotografías del glorioso estandarte de la Generalísima para los tres individuos de la Comisión, Brigadieres Vilageliu y Mora, y coronel Vila y Colomer, los cuales han tenido además la honra de recibir el siguiente autógrafa:

Venecia, 9 de Noviembre de 1890.

A los brigadieres D. Manuel de Vilageliu y D. José de Mora, y al coronel D. Ramón Vila y Colomer.

Gracias de todo corazón por vuestro espléndido regalo. Como español admiro en él una verdadera joya, que viene á demostrarme en el destierro la altura alcanzada por el arte y la industria nacionales. Como militar, saludo con entusiasmo en los retratos de todos vosotros á los héroes que honraron nuestro uniforme.

El capitán Ugalde os dirá la gratitud con que los he recibido. Colocados en la estancia de mi hijo, le servirán, cuando venga á reposar de sus estudios militares, de guardia de honor y de ejemplo, recordándole todo lo que os debe y todo lo que puede esperar de las viriles virtudes de mi fiel Cataluña.

Os envío una fotografía del glorioso estandarte de la Ge-

neralísima, símbolo de la Patria y de la Monarquía que, por la gracia de Dios, yo personifico y represento.

Sean cuales fueren las circunstancias que la Providencia nos depare, mantendré en mis manos inmaculada y enhiesta, hasta el último suspiro de mi vida, esa enseña que tuve al lado mío en todos los combates, y que mi venerando abuelo Carlos V llevaba también consigo en la guerra en que le acompañaron vuestros padres y algunos de vosotros.

Para ganarle nuevas glorias cuando la Patria lo necesite, cuento y contaré siempre en primera línea con el concurso de los animosos hijos de los almogávares.

A todos estrecho cariñosamente la mano, y de todos quedo afectísimo

CARLOS.

Copia de la fotografía del marco que encierra los retratos de los Generales, Jefes y Oficiales carlistas catalanes.

(Lámina suelta.)

Por el notable mérito artístico que tiene el marco, lo reproducimos en lámina aparte para que puedan nuestros lectores apreciarlo en lo que vale.

Felicitemos por ello á su autor D. Mariano de la C. Codina.

El mencionado marco es de nogal, primorosamente esculpado á mano, y tiene unos 40 centímetros de ancho, distinguiéndose por la perfección de todos sus detalles de relieve. Tiene en la parte superior, como remate, un artístico grupo, en armonía con las grandes dimensiones del cuadro, destacándose en el centro el escudo Real en medio de una acertada combinación de trofeos de guerra, rematando con los emblemas de Dios, Patria y Rey. En este grupo sobresale el talento del tallista, al haber sabido combinar y distribuir las numerosas piezas que lo constituyen.

En los lados y parte inferior van colocados en tarjetones unos emblemas de Fe, Esperanza y Caridad, por el estilo del grupo inferior. Una preciosa y bien trabajada orla rodea el marco, representando hojas de roble, emblema de la fortaleza. En el borde inferior hay alternadas margaritas con flores de lis. Contribuyen también á la grandeza del conjunto los cuatro escudos de las provincias catalanas, colocados en los ángulos.

Don Rafael Diez de la Cortina.

(Pág. 305.)

Véase el artículo del mismo epígrafe.

Maniobras militares en Calaf.

(Págs. 306, 307, 308, 309, 312 y 313.)

Deseosos de publicar en EL ESTANDARTE REAL las vistas más notables de las maniobras dirigidas por el general alfoncino D. Arsenio Martínez de Campos, se personaron en Calaf nuestro Director y uno de los dibujantes de esta Ilustración, el cual tomó del natural los presentes apuntes.

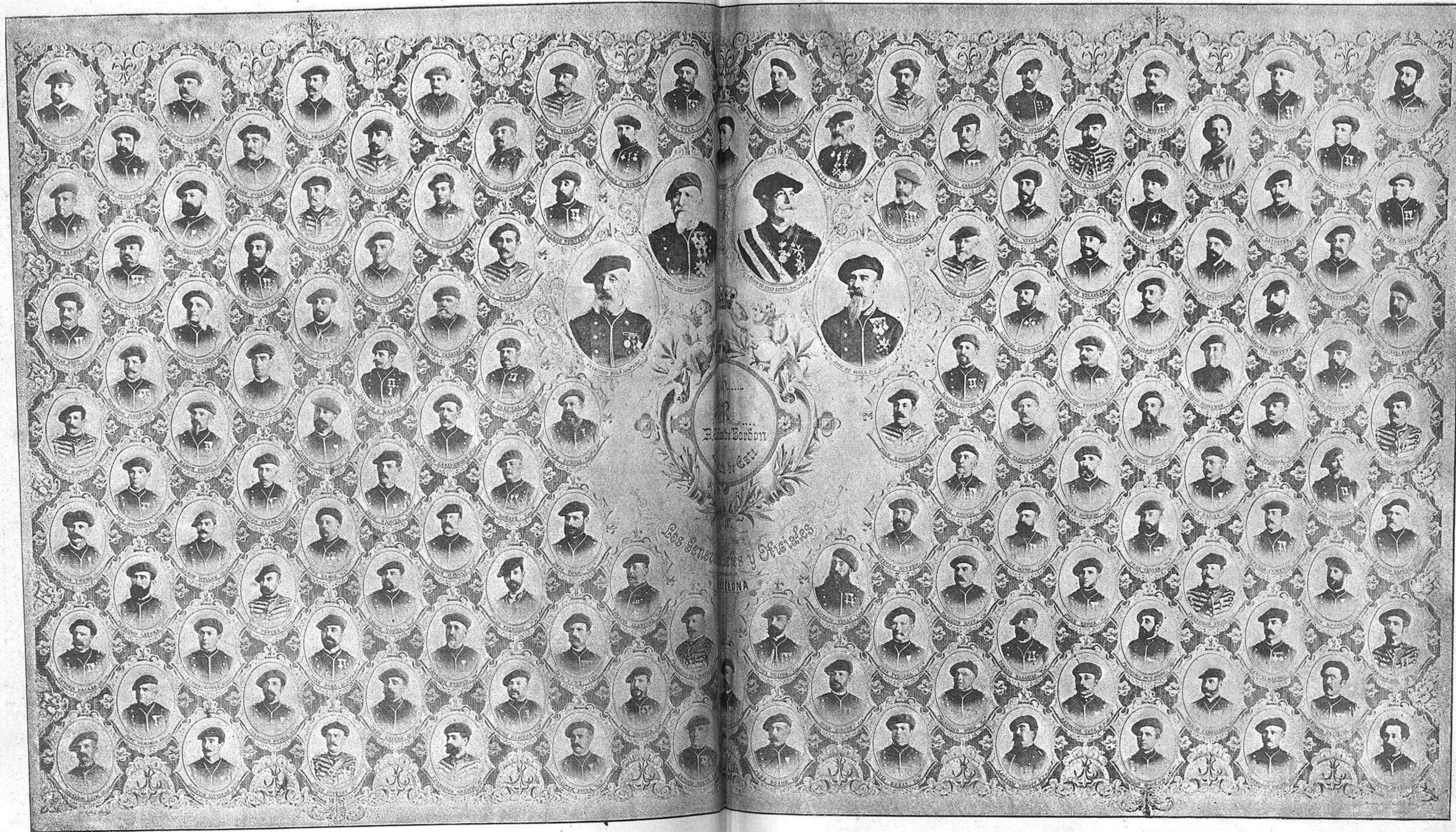
Páginas de un carlista.

(Págs. 315, 316, 317, 318 y 319.)

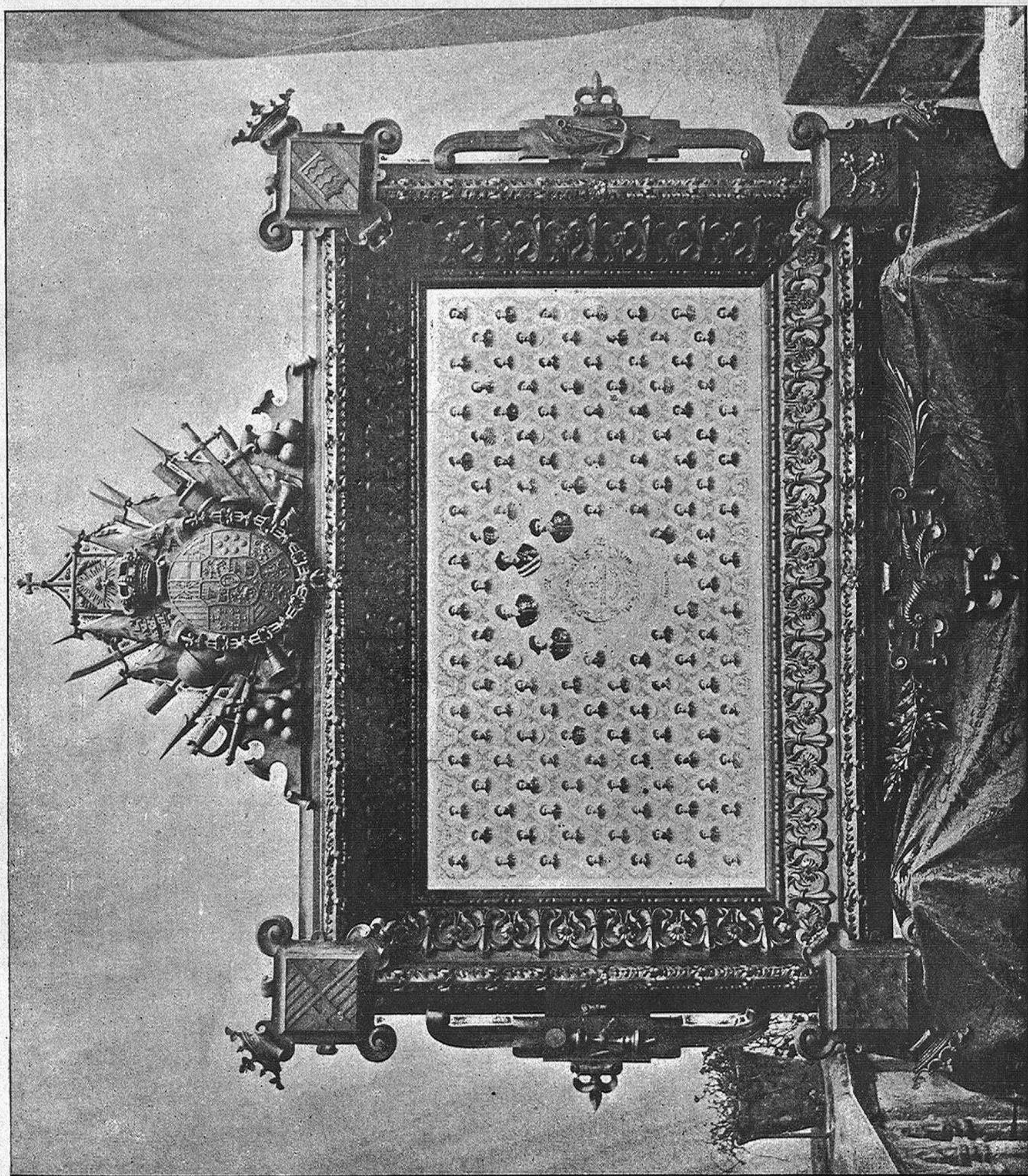
Véase el texto.

Como homenaje de felicitación al augusto Duque de Madrid en sus días, queríamos publicar en el presente número uno de los cromos litográficos que desde tanto tiempo vienen preparando nuestros artistas, y con haber retrasado para este objeto la aparición de EL ESTANDARTE REAL de este mes, no ha podido ultimarse el tiraje, por ser 18 las tintas de que se compone el dibujo de dicha lámina. Representa ésta el salón de banderas del Palacio Loredán, y la publicaremos, Dios mediante, en el próximo número. En atención al valor de la misma, se expenderán los números sueltos correspondientes á diciembre, á 1'50 pesetas. En dicho número irá además en hoja separada el índice de las materias que contiene EL ESTANDARTE REAL desde su aparición, anunciándose también el precio de las preciosas y alegóricas tapas que se han hecho expreso para los que deseen encuadernar los números publicados hasta fin de año.

Barcelona: Imprenta de Fidel Giró, Cortes, 212 bis.



COPIA DE LA FOTOGRAFIA DEL CUADRO REGALADO AL SR. DUQUE DE MADRID, CON MOTIVO DE SUS DIAS, EL 4 DE NOVIEMBRE DE 1890



COPIA DE LA FOTOGRAFIA DEL MARCO QUE ENCIERRA LOS RETRATOS DE LOS GENERALES, JEFES Y OFICIALES CARLISTAS

